

Poesía de la evocación

Por Marino Muñoz Lagos.

La pasión de la lectura nos lleva a revisar viejos libros, que suelen asombrarnos, a veces, con sus tesoros ocultos. Por ahí, entre páginas y páginas, nos encontramos con el poeta chileno Armando Ulloa. Muy pocos lo recuerdan y estamos muy seguros que muchos de nuestros lectores no lo conocen. Es hora de traerlo a la tinta de imprenta que le fue esquiva en su corta existencia, pues nunca publicó un libro, sólo después de su muerte un grupo de sus amigos logró editarle "Poemas de la tierra y otros poemas".

Armando Ulloa pertenece a los territorios del Maule, el río que ha inspirado a tantos bardos de sus hermosos valles. Nació en Constitución, la Nueva Bilbao de los románticos astilleros, el 27 de abril de 1899. Sus estudios secundarios los hizo en liceos de Constitución, Talca y Linares.

El crítico literario Raúl Silva Castro nos dice: "Vino a Santiago para proseguir una carrera universitaria. Eligió el francés, cursó los años necesarios en el Instituto Pedagógico y se tituló. Alcanzó a ser nombrado profesor de francés en el Instituto Nacional y aún a desempeñar en algunos períodos sus deberes, hasta que se pronunció devastadora en su organismo la dolencia que le iba a quitar la vida. En busca de salud, residió algún tiempo en Vicuña".

Ulloa murió de la enfermedad de los poetas de aquellos tiempos: la tuberculosis, la misma que se llevara a Gustavo Adolfo Bécquer y a tantos otros vates de este largo y delgado país. Murió cerca de su ciudad natal, el 10 de enero de 1929, a los treinta años de edad. Dejó sus poemas dispersos en diarios y revistas nacionales, con sabores de tierra adentro y sutil evocación. Como coplas desgranadas, surgen por doquier sus versos de tristeza:

"Alba entre sombras oculta,
jardín yerto y sin colores,
viejo puñal de dolores
que en el pecho se sepulta.



Día que el tedio desgrana,
día gris de pesadilla,
¡mar eterno y sin orilla,
sin ayer y sin mañana!"

No tan sólo la tuberculosis se lo llevó al silencio. También ejerció la bohemia como parte de sus noches sin tregua en la búsqueda de sus tiernas imágenes. Así lo comprendieron sus amigos poetas que le publicaron después de su muerte su libro "Poemas de la tierra y otros poemas", que apareció en 1931 con un prólogo de Carlos Acuña, su coterráneo maulino y autor de la célebre poesía "Cantaba el pídén", muy solicitada por los antiguos recitadores.

Armando Ulloa colmó su existencia como un vaso a punto de quebrarse. En sus versos hay resabios sentimentales y anhelos insatisfechos. La claridad de la luz no logra penetrar en sus palabras y todo se halla distante de sus manos y de su fatigado corazón. Escribe: "Lejos está la sensitiva / que ungió mis horas de belleza, / la que heredó su aristocracia / del manto azul de las estrellas. / La que en sus manos luminosas / me dio a beber el agua buena / de la emoción; la que en mi boca / puso su amable boca ingenua".

Por su poesía pasa el viento acongojado de la soledad. Armando Ulloa se aísla en sus estrofas y nos habla de "los sueños de la infancia que marchitó la edad", como en un frustrado viaje que nunca se cumplió. Sus versos nos comunican con la tierra, los hombres del labrantío, el amor, las ilusiones, el desencanto. Y en todos ellos, como en una película de otras épocas, el tránsito de un hombre que canta y sueña con sus evocaciones.